gada más alto, ya la borla que se había estropeado y hacía falta una nueva... Cada episodio de este género daba pretexto á Deslauriers para divertir largos ratos en la zapatería, sentado sobre una silla medio desvencijada, charlando y refiriendo con labia y acento francés, si bien en muy inteligible castellano, anécdotas de la guerra, cuentos chistosos, que hacían reir de bonísima gana á Elviña...

De pronto pareció como si Deslauriers les hubiese perdido todo el cariño á sus botas de montar. Corrieron días, días y días... y ni asomó por la tienda. Santiago no paró la atención en tal fenómeno, porque otro gravísimo para él le absorbía y preocupaba. Margarita estaba enferma, muy enferma.

¿Y de qué? ¡Vaya V. á averiguarlo! ¡Vaya V. á saber por qué una mocita de diez y seis ó diez y siete adelgaza, rehusa la comida, se vuelve más amarilla que un limón, tiene siempre ojos de llorar y cara de morir, se encierra en su cuarto y se pasa el día echada sobre la cama ó sentada en un rincón obscuro, caídos los brazos, caída la cabeza, sin responder cuando le hablan y sin decir, por más que la acosen y pregunten, ni qué le duele, ni el origen de su mal!

Así razonaba Santiago Elviña, y así contestaba á las vecinas que, en distintos tonos, preguntaban noticias de la muchacha ó comentaban su retraimiento... Un día casualmente fué el zapatero á confiar sus pesares á la madre del ebanista Nicéforo, aquel pretendiente asiduo de Margarita, que un año antes la rondaba la calle sin descanso. La comadre callaba, rascándose el moño con las agujas de hacer media. Por último respondió á las lamentaciones de Elviña, pero con palabras truncadas y reticentes.

—Y V. qué quiere, señor Santiago... Las muchachas que son... así... piensan que el mundo es ancho y que no hay más que divertirse y campar... Les gustan los señoritos de bigote retorcido, los que gastan espuelas y trotan á desempedrar la calle... Desprecian á los artesanos honrados, á los hombres de bien, que las pretenden para casarse y hacerlas reinas de

su casita... y se van con esos tunantes, que están hartos de burlarse de todas... ¡Ya se ve!... Luego las chicas se tiran de las orejas, ¡y las orejas no les sangran!

Digna era la cara de Santiago, en aquel momento, del pincel de un gran artista. Creo que hasta el ojo tuerto despedía chispas y lumbres.

—¡Señora Clara! ¡Señora Clara! — tartamudeó... y de pronto, recobrando habla expedita y el uso de sus potencias, gritó con tal fuerza, que se asustó á sí propio:

—¡Embustera!! ¡Embusteraá!!

—¡Embustero V.!—replicó la mujer furiosa, levantándose como una sierpe.—¿Nos querrá dar la papilla de que no sabe la verdad? A los tontos con eso..., que aquí no nos chupamos el dedo, señor Santiago. ¡Y ya que habla tan gordo..., ha de oir! He de decir que estamos hartas las madres de familia del mal ejemplo de su hija, y de verla escandalizando el barrio con el demontre del franchute, allá por los bancos del Jardín, á las doce de la noche. ¡Valiente *cara lavada!* Aquellos

paseos ¿en qué quería que acabasen? Vaya preparando—añadió con ironía sangrienta—pañalitos para lo que salga... De aquí á siete años, aprendiz nuevo en la zapatería...

Santiago no contestó. Afonía completa. Su garganta no podía formar sonidos. De pronto se llevó las manos á las sienes, y partió corriendo, con toda la rapidez que consentía el pié lisiado. Entró en su casa lo mismo que un obús, y subió derecho al cuarto de Margarita...

Se ignora lo que hablaron hija y padre, aun cuando puede deducirse de los consiguientes sucesos.—Cosa de una hora después de la conferencia, Santiago se puso camisa limpia, sacó del fondo del arca la ropa dominguera, se calzó un par de botas nuevas chillonas, y metiendo mucho ruido con suela y tacones se dirigió desde su morada al cuartel de Borbón, situado detrás del Jardín. Preguntó por el maestro de armas, *Sr. Delorié,* y le hicieron pasar á un cuarto donde el francés bebía y fumaba, en compañía de varios oficiales.

Al pronto nada vió el ofendido padre,—

tal era de espeso el humo del tabaco allí; —pero no tardó en columbrar al través de la niebla á su ofensor, que se adelantaba copa en mano.

—Hola, Sr. Elviña... Que agradable sorpresa, Sr. Elviña... V. por aquí... ¡Qué honor tan grande!... Siéntese, y acepte un sorbito de ron.

Aquella acogida dejó suspenso al zapatero. Conoció que sólo ver el rostro del francés le hacía temblar de ira, y que otra vez le era *imposible* hablar. Maquinalmente aceptó la copa de ron, y maquinalmente se la echó al coleto... Los hombres sobrios disponen de un recurso más que los intemperantes. El ron soltó inmediatamente la lengua de Elviña.

—Tengo que decirle á V.... —pronunció en tono categórico,—pero aquí no: ha de ser á solas.

—¡Oh! ¡A solas nada menos!—contestó el francés remedándole.—¡Y para qué, señor! Todos saben aquí el objeto de su venida. ¡Nadie ignora que yo he *derogado* diciendo cuatro chicoleos á la señorita Margarita..., y que V. y ella pensaban de te-

nerme cautivo! Y á propósito, ¿cómo está? ¿Siempre tan *jolie?* Preséntela V. mis cumplimientos...

Santiago se sintió temblar nuevamente. ¡Sus dientes castañetearon..., y no era de terror!...

—Otra copa de ron,—contestó, alargando la mano.

Los oficiales se agrupaban ya en torno de él, celebrando con risotadas y bromas la escena. Elviña apuró el licor, y sintió que le encendía las entrañas.

—Ya que no quiere V. hablar á solas, hablaré delante de todos. Me es igual. No ha de ser más negro el cuervo que las alas. Vengo á que se case V. con mi hija, en el término de veinticuatro horas.—Si dentro de veinticuatro horas no se ha casado V., le mato como á un perro.

Redobló la algazara, y Deslauriers hizo una cortesía irónica.

—Señor Elviña, muy agradecido al honor que V. me dispensa pidiéndome mi blanca mano para su preciosa hija..., ¡y yo sería su marido con la mayor satisfacción!... pero tengo hecho un voto..., ¿no

se dice así?, de castidad..., ¡vamos! de permanecer doncello.

Aquí la risa de los circunstantes fué tan ruidosa, que hizo retemblar los sucios cristales de la estancia. Santiago calló; apretó los dientes, cogió la botella del ron, llenó otra copa, bebió otro sorbo..., y de improviso, sin chistar, alzando la diestra, se arrojó sobre el maestro de armas... Diez ó doce brazos se interpusieron entre él y Deslauriers, no tan á tiempo que la mano del zapatero no hubiese rozado ya ligeramente la sien de su enemigo. Al verse sujeto, por reacción impensada y súbita, el zapatero... ¡se echó á llorar, á llorar perdidamente! Y el maestro de armas, que había contraído las cejas cuando se viera amenazado de un bofetón, al oir los sollozos del padre se aproximó á él, no sin dirigir antes expresivo guiño á los oficiales que le cercaban.

—¡Oh! ¡Sr. Elviña! ¡Oh! V. me ha ofendido gravemente... V. me ha levantado la mano... Esto es muy serio, ¡ah!, entre gentilhombres... Sean testigos, señores,

de la ofensa. ¡El Sr. Elviña me debe una reparación! Una reparación en el terreno del honor... ¡Ah!

—¿Oye V., Elviña? ¡Que le debe V. una reparación al Sr. Deslauriers!

—¿Reparación?—balbuceó el zapatero sin comprender, con voz mojada en lágrimas.

—Sí... Que tienen Vds. que batirse.

—¿Batirnos?—contestó el padre.—¡Claro que nos batiremos! ¡Había de quedar así! Ahora, sin tardanza... Salga V. ahí fuera... Porque aquí me sujetan todos.

—¡Oh! No lo entendemos lo mismo, señor Elviña... No ha de ser una cachetina vulgar, sino un lance como entre caballeros. El honor lo exige...

—¿Y no me sujetarán los brazos? ¿No se meterán en medio estos señores?—gimió el mísero.

—¡Sujetar los brazos! ¡Cómo se entiende! ¿No le digo que se trata de un lance de honor?

—Pues corriente... ¡Vamos allá! De cualquier modo...

—No, no; ahora no; no conoce V. las

leyes de la cortesía, señor Santiago... Los lances son de madrugada siempre... Mañana por la mañanita en el Jardín... Estos señores serán padrinos... A las seis le aguardamos. Soy el ofendido y escojo el sable.

—¿Me dan Vds. palabra de no sujetarme?—repitió con desconfianza, asombrosa en él, Santiago Elviña.

Le aseguraron que al día siguiente nadie se colocaría entre él y Deslauriers...

—¡Pues hasta mañana!

—Verán Vds qué *bonne farce*,—dijo el francés cuando el pobre diablo hubo salido.—*Cet animal lá* no ha visto un sable. Le daré una paliza, para que no vuelva á molestarnos... y luego le traeremos aquí y le emborracharemos con ron... y le haremos bailar. A fin de que la broma sea completa, y que vean que no quiero abusar de su bobería, como él es tuerto, yo me vendaré un ojo... *¡Nous allons rire!*

.....

Dígase la verdad, aunque redunde en mengua del heroismo del zapatero; durmió bien poco aquella noche. A las cinco en punto entraba en la capilla de la Angustia á oir misa de alba. Oyóla con devoción; rezó varias salves, y al salir, la casualidad ó un instinto difícil de explicar, le movió á fijar la mirada en el relieve que campeaba en el frontón de la portadita. Era la Virgen con su hijo muerto en brazos, advocación que se conoce por la Angustia. Santiago recordó á Margarita, á quien había dejado entregada al sueño..., y el único ojo válido se le nubló, con lo cual puede decirse que no veía.

—Debí beber un trago de ron para tener ánimos—pensaba, mientras se dirigía al Jardín.

Ya le esperaban en él Deslauriers y el grupo de oficiales, que al verle llegar cambiaron codazos y sonrisas. El zapatero, cerrando los puños, iba á embestir contra el espadachín... Los fingidos padrinos le detuvieron. ¡No sabía él el ceremonial de un lance de honor! Pues iban á explicárselo punto por punto... El sable se coge así, se juega asá...

Santiago esperó resignado, abatido, y empezaron los requisitos burlescos. Hubo reparto de sol, cotejo y examen de armas, medición del terreno, todo con gran aparato; luego fué vendado Deslauriers, para que se igualasen las condiciones... Despojóse Santiago de la chaqueta, Armando de la casaca, agarró cada cual su chafarote, y se oyó una voz que decía: "Atención á la señal." Los curiosos aguardaban, muertos de risa, el duelo de un maestro de esgrima con un zapatero cojo, que nunca empuñara un arma... Deslauriers, gallardo, risueño, en elegante posición de consumado duelista, tenía apoyada contra el suelo la punta del sable... "¡En guardia!"—volvió á gritar el padrino...

Lo mismo fué oirle Elviña, que persignarse, exclamando en alta voz: "En el nombre del Padre y del Hijo..." y correr blandiendo el sable, antes que su enemigo, cubierto un ojo por la venda, pudiese hacerse cargo del inesperado movimiento. Al decir "y del Espíritu Santo", ya la hoja había pasado al través del cuerpo

del seductor, que vacilaba un momento, tambaleándose, y, abriendo los brazos, caía desplomado á tierra... Un golfo de sangre salía de la herida, formando alrededor del cadáver una especie de laguna roja.